



La huella de España en EE.UU.

Kino, el jesuita aventurero

BORJA
CARDELÚS



Realizó una gran labor pacificadora y se le considera el padre de Arizona

Eusebio Chini, Kino, había nacido en Segno, Italia, y renunció a una cátedra de matemáticas para hacerse jesuita y misionero en América. Fue destinado a la Baja California, considerada una isla, pero la autoridad española decidió que la desértica tierra era tan mezquina que no daba para sostener las misiones, y se abandonó el proyecto, aunque este permaneció en la memoria de Kino, como luego se verá.

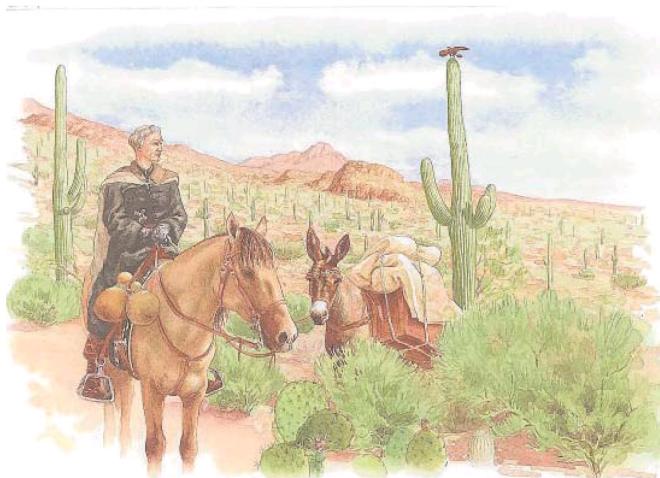
Fue destinado entonces a la región de la Pimería, en la confluencia de los ríos Colorado y Gila, desde donde desplegó su labor hacia todos los rumbos, en particular Arizona, tierra extrema, tórrida, a la que Kino supo extraer las máximas posibilidades en beneficio de los indios. Viajaba a caballo, llevando una mula cargada de regalos, porque, como decía, «es más fácil enseñar a un indio alimentado que a uno hambriento».

Misiones

De este modo recorrió miles de kilómetros por Arizona, fundando Misiones, y cada vez formaba a un grupo de indios, a los que enseñaba los oficios necesarios para el levantamiento del templo y las dependencias misionales, como albañiles, carpinteros, herreros y pintores, y luego pedía a México no solo nuevos misioneros, sino ganados y semillas para convertir la Misión en un centro autosuficiente, consciente de que la nueva religión católica tenía que venir acompañada de ventajas materiales que la hicieran atractiva. En cumplimiento de la estrategia española, introdujo en Arizona novedades como el ganado, trigo y frutales, arquitectura, música... induciendo cambios sensibles en las razas indias, que pasaron de nómadas y guerreras a estables y pacíficas. La religión no significaba doblegarse ante la pésima disposición de una tierra inhóspita, sino vencerla sembrando, criando ganados, mejorando la capacitación, ya que su propósito era elevar la condición espiritual y material del indio.

No siempre le salieron bien las cosas. Soportó estoicamente las maledi-

encias que provocaba su descomunal actividad, fruto de la habitual envidia hacia quien hace en demasía. Otra vez, habiendo dejado encargado de la Misión de Caborca al padre Saeta, cierto indio capataz de un rancho maltratado a un semejante, lo que encendió la cólera de la tribu. Blandiendo armas se dirigieron a la Misión, en cuya capilla rezaba el padre Saeta, quien salió a dialogar, pero recibió dos flechas que le atravesaron el pecho. Tuvo tiempo el padre de regresar a la capilla, abrazarse a su crucifijo y morir. La evangelización de América es una epopeya regada profusamente con sangre española. La llama de la rebelión general india se avivaba, porque la autoridad española deseaba vengar el suceso. El padre Kino, usando de la palabra, logró sosegar los ánimos de



Evangelización
Viajaba a caballo, cargado de regalos, porque, decía, «es más fácil enseñar a un indio alimentado que a uno hambriento»

todos, y que las condenas sobre los responsables fueran más leves.

Pero Kino no olvidaba a los nativos de la isla de Baja California, abandonados a su suerte por la pobreza de la tierra. Era imposible, por costoso, abastecerlos por mar, hasta que un día descubrió en Arizona unas conchas azules, llamadas abulones, idénticas a las que había visto en la propia costa de Baja California. Fino geógrafo, dedujo que la supuesta isla no era tal, sino que la Baja y la Alta California estaban unidas por tierra. Montó entonces sobre su caballo y viajó hasta aso-

marse a un cerro, comprobando que la Baja California no era isla, sino península. Así que envió una cabeza de ganado allí no costaba 300 pesos en barco, sino 20 centavos por tierra, y las misiones de Baja California eran viables. Y es que Kino no solo era un jesuita, sino un científico, en cuyo haber figura una cartografía completa de la región.

Infatigable viajero

Kino hizo toda su labor dentro del engranaje español, al igual que otros extranjeros como Colón o Magallanes, aunque hoy cada 12 de octubre Nueva York se engalane con la bandera italiana, y como si permitiéramos que Portugal se apropiara de la primera vuelta al mundo (o como la película «La Misión», que ensalza la labor de

los jesuitas, ocultando deliberadamente que todo el sistema misional guaraní era una obra financiada e impulsada por el Rey de España).

Dijose de él que su labor pacificadora fue más eficiente que la de varios presidios con sus soldados. Su fe en su misión y en la Providencia le llevó a viajar solo en una región poblada de tribus agueridas, pero jamás fue atacado ni molestado, salvo por fiebres regulares, que él curaba por el método de someterse a seis días de ayuno, «rebajando la naturaleza».

Kino murió un día en silencio en uno de sus viajes. Murió el infatigable viajero, evangelizador, fundador y explorador, pero su recuerdo perdura en las estatuas y lugares con su nombre que pueblan la región. Y, sobre todo, en las tribus indias que salvó de la extinción, la que acaeció a los nativos en las áreas de dominio inglés. Por todo ello, con justicia se le considera como el padre de Arizona.

Crítica de música clásica

Fe y compromiso

OCNE ★★★

Verdi: «Messa da Requiem». Intérpretes: Aga Mikolaj, Marina Prudenskaya, Saimir Pirgu, Christopher Purves, Orquesta y Coro Nacionales de España. Dirección: David Afkham. Lugar: Auditorio Nacional, Madrid. Fecha: 30-V

ALBERTO GONZÁLEZ LAPUENTE

Concluye la temporada de la Orquesta y Coro Nacionales de España con la «Messa da Requiem» de Giuseppe Verdi, que aún se interpretará el miércoles en el Festival de Granada. Aunque en Madrid se ha presentado este fin de semana bajo el título «Una misa, no una ópera», todo es dudoso ante una obra que no se integra en la liturgia, que no acaba de materializar una narración y que extraña a la continuidad sinfónica: «hablo por hablar», dijo Verdi, convencido de la ambigüedad de los géneros y tras conocer «Le Villi», la primera ópera del joven Puccini.

Desde esa perspectiva desapasionada crece en importancia la interpretación dirigida por David Afkham: limpia, clara, ordenada, dotada de una muy interesante cohesión formal (frente a una obra tan propensa a la fragmentación), una robusta certeza rítmica y un comedido acento dramático. La complicidad de la Orquesta Nacional se hizo notar en la intimidad del arranque y en el crecimiento hacia los momentos culminantes. También la calidad del coro, en una tarde, la del viernes, especialmente afortunada.

Voces

Pero la complejidad del «Requiem» va más allá de la voluntad personal del director. Anunciadas las cantantes Camilla Nylund y Veronica Simeoni, fueron sustituidas por la soprano Aga Mikolaj y la mezzosoprano Marina Prudenskaya. La primera cantó resuelta en lo lírico y corta en el «squillo»; la segunda, de voz grave y arresto, atacó el «Lacrimosa» con exceso de inacción. El tenor Saimir Pirgu trae de nuevo a Verdi y su sentencia ante el trabajo de un cantante: «le falta ser actor». Su elemental propuesta musical destacó, sin embargo, sobre la irregular contribución del barítono Christopher Purves, la voz no siempre homogénea y el mensaje descomprometido. Hubo que esperar al «Sanctus» y su relevante intervención coral para que la obra volviera a remontar el camino hacia un final brillante.

Y aún cabe observar el espectáculo desde otra perspectiva en un día con móviles, toses, un cierto y extraño nerviosismo entre el público, incluyendo a una espectadora abandonando el asiento de tribuna al borde del desmayo. Circunstancias adversas que, más allá de la anécdota, añaden mérito a la sólida propuesta de Afkham y la OCNE.